

RESEÑA HISTORICA DEL HOSPITAL DE CARTAGO

*Escribe:
Carlos Luis Valle*

Fundación

Fue necesario que transcurrieran más de 200 años desde que don Juan Vásquez de Coronado fundara la ciudad de Cartago, para que su Ilustrísima el señor Obispo don Esteban Lorenzo Tristán, nombrado para servir a Nicaragua y a Costa Rica, con sede en Nicaragua, viniera a nuestro país en visita pastoral.

Corría el año 1782 y culminaban una serie de circunstancias, las unas de carácter político y las otras inspiradas en intriguillas que animaban los propios habitantes de esta pobrísima parte de la Colonia de España.

Las frecuentes invasiones de los zambos mosquitos a las colonias agrícolas del Valle de Matina, sus saqueos y atentados así como su manifiesto deseo de penetrar hacia el interior del país en busca de otra salida, sembraron pánico entre los colonizadores, entre los criollos y nativos. Estos últimos aprovechaban toda oportunidad para librarse del cautiverio a que los sometían los españoles, y buscaban los bosques, su medio natural, por el que erraban felices.

El Obispo Lorenzo Tristán además de ser una de las pocas figuras de corte intelectual que vinieran a Costa Rica, era hombre de sentimientos muy finos y de firme y profunda fe cristiana, sin que por eso incurriera en los extremos. Era además ponderado en sus costumbres.

No obstante, algo de espadachín había en su interior. No le valió en Costa Rica su digno comportamiento y tuvo serias dificultades con el Gobernador interior señor Juan Flores, de quien dijera su Ilustrísima en la peor de las oportunidades, como provocando una lance: "Muy valiente es la pluma del Gobernador Flores y dudo y ucho que sea tanto su espada..."

La visita de su Ilustrísima fue muy provechosa a Costa Rica ya que le daba realización a la iniciativa del Gobernador señor Flores, que fundara la primera escuela pública de Cartago, la que subvencionó el Obispo en 150 pesos para que se creara la cátedra de latinidad.

La gestión más hermosa, la que ha perdurado a través de casi 200 años, fue su contribución de 200 pesos para fundar y sostener un hospital en Cartago. Su magnanimidad le permitió entregar otros 700

pesos para el mismo fin, pero por causas no conocidas jamás llegaron a Cartago. Cualquiera que fuera el aporte del Obispo Tristán a la iniciativa del Gobernador señor Flores para fundar un hospital en Cartago, resulta la idea y el aporte más generoso de la época.

Los gigantes peninsulares desmejoraban en su salud por las mismas condiciones higiénicas en que vivían, así como por las del terreno en el que habían pantanos producidos por las constantes inundaciones de los ríos vecinos. En esos charcos crecían robustos zancudos productores de paludismo, también otros mosquitos responsables de molestas fiebres.

Resultaba entonces muy oportuno el hospital y seguramente lo aprovecharon en todos sus recursos. abandonando la asistencia curativa de los nativos, especialmente de los indios de Tucurrique en esta parte del país. Los nativos seguramente no necesitaron del hospital, ya que sus conocimientos sobre las plantas y sus efectos en el organismo, les permitían mantener la tradición y experiencia de su raza.

El primer hospital de Cartago establecido según se dijo en 1782 estuvo situado en algún lugar de lo que hoy es la Plaza de la Soledad.

Es posible que fuera la Iglesia la que se encargara de mantener mediante la contribución de los vecinos, fuera en especie o en servicios de atención directa a los enfermos, las necesidades de la primera institución de salud creada en Costa Rica.

Seguramente por causas de amenaza de orden natural, quizás inundaciones, el hospital cambió de lugar y se le situó más cerca de la Plaza Mayor (Parque Central de hoy), en una propiedad no identificada.

Algunas otras referencias sitúan el Hospital de Cartago en el mismo sitio que hoy ocupa el Asilo de Ancianos Claudio María Volio Jiménez.

Sería muy interesante saber quienes fueron los médicos que tuvieron a su cargo la atención del Hospital de Cartago, especialmente durante la Colonia. Habrá que recordar a los Doctores del Sol y Stiup.

Y en el siglo que pasó, al menos en el inicio, los Galenos tuvieron que ser empíricos, sabios en la aplicación de sanguijuelas, sinapismos, baños calientes de pies y toda una serie de remedios y menjurjes preparados con yerbas hervidas o maceradas y todo

salpicado con una poderosa dosis de superstición... Ya a mediados del siglo pasado aparece el primer médico costarricense, nativo de San José y graduado en Europa, el Dr. José María Montealegre Fernández. Por haber sido muy adinerado y dueño de grandes explotaciones de café, es posible que ejerciera muy poco la medicina. No obstante se dice que se le conoció en el Hospital de Cartago.

En 1823 nace en Cartago don Jesús Jiménez Zamora y estudia medicina en Guatemala. Aparte de los años que invirtió en la política, ejerció por largos años su profesión médica y también prestó su ayuda al Hospital de Cartago.

Más tarde don José María Jiménez, pariente muy cercano de don Jesús y padre del Dr. don José Miguel Jiménez Sancho estudia medicina en Jefferson y presta también servicios al Hospital de Cartago.

Muchos otros médicos que ya existían a fines del Siglo XIX deben de haberle prestado sus servicios a la institución más vieja de esta ciudad.

Al finalizarse el siglo pasado se trasladó el Hospital al lugar que hoy ocupa. Su entrada principal estaba en la esquina opuesta al Dispensario del Seguro Social.

Narraba el anciano sastre don Juan Rivera, que el Hospital del último cuarto del siglo pasado era una edificación a la "cartaga": paredes de adobes confeccionados en el Agua Caliente con arcilla, estiércol y zacate. El piso lo cubrían grandes ladrillos de superficie irregular, también leaborados con arcilla y cocidos a la troche y moche en hornos rústicos; techo de tejas, las que había que acomodar un par de veces en el año, debido a los frecuentes temblores. El maderamen era recio y labrado con "zuela". El antiguo Hospital lo componían un par de pabellones, uno para mujeres y otro para hombre; una sala de curaciones, a la manera de cirugía menor y una cocina, además de algunos corredores que unían las edificaciones. Al fondo había un pabelloncito que ocupaban las Hermanas de la caridad, administradoras de la institución. Por lo menos un par de veces al día, pasaban la escoba por todo el edificio, tarea en la que ayudaban los enfermos en estado de hacerlo. No obstante los cuidados higiénicos de las Hermanitas, no faltaban todas las sabandijas propias de casas de paredes de tierra y carentes de cielos rasos. Por otra parte, las malditas ratas corrían por las salas y subían con técnica por las paredes. Cuando las colonias crecían, solían atacar a los enfermos por las noches.

Los muertos los llevaban al cementerio en una carreta tirada por bueyes. Cuando había más de un muerto, se hacía un solo viaje y para sepultarlos colaboraban el carretero, algún pariente piadoso y uno que otro visita'- que estuviera en el cementerio. Los bajaban al fondo del profundo hueco valiéndose de mecates. Poco tiempo después tiraban sobre el difunto un montón de tierra. Terminaba la "Obra de

Misericordia", volvía la carreta a la ciudad.

Una nota pintoresca vista a la distancia del tiempo, era la forma de movilizarse los médicos. Lo hacían a caballo. Era frecuente ver al frente del Hospital, amarrados al tronco de algún árbol, el caballo de un médico, que cumplía con el "juramento de Hipócrates". Ya después de 1900, se cambiaron los caballos por volantes.

Y el tiempo en su correr inexorable ha dejado atrás una serie de acontecimientos político-sociales que abrieron las puertas a los progresos y a las luces de nuestro siglo.

La participación de la familia Peralta Jiménez en el desarrollo del Hospital de Cartago fue de trascendencia inestimable.

La madre del Dr. don Maximiliano Peralta Jiménez: doña Ramoncita Jiménez de Peralta

Dice al respecto el escritor don Joaquín Fernández Montufar: "Ni los intrépidos españoles que querían conectar el Fuerte de San Fernando, en Matina, con las poblaciones de El Guarco; ni los corajudos alemanes que soñaban con un camino formal hacia el Caribe, darle salida a la Colonia Torrealbena en formación, pudieron ver nunca cuajados sus anhelos, porque el "desierto verde" como llamaban la selvática zona del Reventazón, devoraba en sus suamplos, abismos o perdía en sus montes inextricables, todo el empeño de los gallardos hombres.

Sin embargo, un día cierta dama de alcurnia cartaginosa que había quedado viuda y con cinco niños que criar decide internarse con un puñado de peones por la vereda indígena que cruzaba aquellas regiones favorosas y ponerse a trabajar allí, machete en mano para vencer la selva, hasta convertirla en un luciente campo de agricultura.

Tras largo tiempo sin saber de ella, aparece inapropiadamente en la Plaza de Cartago una amazona seguida por un cortejo hípico que carga el más abundante botín agrícola que pudiera ansiar la población. Quién es esa señora que nos llega como la misma Diosa Ceres? , se preguntaban las gentes, a lo que un labriego que la acompaña responde:

"Ramoncita Jiménez Zamora de Peralta, quien ha fundado con su brazo de heroína, la Hacienda de Pejibaye para darle riqueza a Cartago y humillar al Reventazón".

Tal era la madre del Dr. don Maximiliano Peralta Jiménez, a quien Costa Rica evoca entre sus hijos beneméritos!

La templanza del carácter de doña Ramoncita Jiménez, esposa y viuda del caballero de noble casa cartaginosa don Mauricio Peralta, tiene que haber

influido poderosamente en el ánimo de Maximiliano Peralta Jiménez, niño y joven educado con esmero como correspondía a un miembro de casa distinguida. Había nacido en 1871 y cuando apenas se internaba en los encantos de la infancia, perdía a su padre. Su madre supo asumir todas las responsabilidades del hogar y educar a sus hijos, a la vez que rehacía su maltrecha hacienda que a fuerza de voluntad y trabajo logró colocar a niveles de prosperidad.

Terminados los estudios secundarios bajo la dirección de los jesuitas, el joven Peralta Jiménez fue a Estados Unidos a emprender estudios de medicina y es posible que lo lograra en el Colegio Universitario de Jefferson y más tarde hizo prolongadas prácticas hospitalarias en Filadelfia, en donde adquirió grandes conocimientos sobre la medicina hospitalaria de la época. Regresó al país al finalizar el siglo pasado.

El Dr. Peralta traía las mejores ideas y los conocimientos más frescos en relación con la medicina y al ejercer su profesión en su ciudad natal, Cartago, lo hizo con tal habilidad; y sabiduría que muy pronto su fama y su clientela fueron enormes.

Parecía que al Dr. Peralta no le importaba mayor cosa el dinero, pues los pobres que acudían a su consulta no sólo volvían a sus casas con un diagnóstico certero de su enfermedad, sino que también llevaban las medicinas necesarias. Las habían adquirido gratis en la farmacia del Dr. Peralta. Su botica estuvo donde hoy está la Farmacia Cartago.

Tenía el Dr. Peralta, aspecto de hombre tímido y delicado, pero bajo esa apariencia había una poderosa voluntad, un genio para la organización, un sabio, un ciudadano con grandes méritos.

Era el Dr., hombre muy ordenado y tenía tal respeto por las cosas ajenas, que ni siquiera con permiso gustaba de usar de ellas.

Una vez su hermano don Eduardo trajo de Tucurrique un muchacho inteligente y listo que destinó a su servicio exclusivo, tal como lo hacen los militares con sus ordenanzas. Vivía el muchacho en la mansión de los Peralta.

Un día se le extravió el lápiz a don Maximiliano y Jesús, el criado de don Eduardo, atento y solícito se ofreció para ir a traer el de su padre.

Don Maximiliano reaccionó airado diciéndole al Joven:

—No. Dios lo guarde de cometer semejante barbaridad. No ve que las cosas de Eduardo sólo él puede tocarlas.

Y no carecía de buen humor y de genio. En su botica funcionó durante muchos años el renombrado "Club de la boñiga"; lo integraban la flor y nata de los caballeros de Cartago. Todos eran adinerados y tenían su boñiguita en el patio. Se reunían todas las tardes y discutían los asuntos más variados incluyendo los

acontecimientos locales o nacionales, lo que les causaba regocijo a los honorables "boñigos".

El fundador de tal tertulia fue el Dr. Peralta y él la condujo intelectualmente por años.

Además de amar a su prójimo y a su profesión, amaba la tierra. Creía en el campesino y en su obra; la necesidad de protegerlo y de conservarlo en las mejores condiciones para hacer feliz a nuestra patria.

Y en ese aspecto muy pronto estuvo en un campo noble al que también, ofreció los recursos de su inteligencia y de su fortuna.

Fue un ciudadano con profunda fe democrática y por tal razón siempre estuvo con las ideas de don Ascencio Esquivel, de don Cleto González Víquez y con las de su primo don Ricardo Jiménez. No obstante sus grandes méritos, jamás quiso participar en la política y rechazó repetidas ofertas que se le hicieron para que ocupara lugares importantes en las papeletas para diputados. En cambio fue miembro activo en juntas que construían caminos o que los pavimentaban. Fue uno de los fundadores de la banca en Cartago y el Banco Crédito Agrícola de Cartago lleva ese nombre gracias a su iniciativa.

El terremoto de 1910 destruyó la ciudad de Cartago y el Dr. en asocio a hombres representativos de la época, colaboró en los trabajos de demolición, limpieza de calles, desinfección de aguas, tratamiento de muchos cientos de heridos a consecuencia del sismo.

La reconstrucción del Hospital de Cartago, fue una de sus grandes preocupaciones. Se levantó el nuevo edificio bajo su dirección y constante vigilancia y en pocos años logró ponerlo en situaciones enviables de eficiencia.

El Hospital ha tenido grandes y peligrosas crisis económicas. Durante la satrapía de los Tinoco se dejaron de pagar las subvenciones y estuvo a punto de cerrarse, pero la magnanimitad de Peralta Jiménez y su profundo amor a la institución hicieron que abriera su propio bolsillo y cubriera los gastos de la institución beneficiando a cientos de enfermos. Así siguió viviendo el Hospital de Cartago.

El Dr. Peralta Jiménez gracias a su talento médico, a su elevado sentimiento humanitario, a su gran sentido de organización, además de la sabiduría con que eligió a sus colaboradores, colocó al Hospital en situación privilegiada, haciéndolo el segundo del país. Se puede asegurar que el día de la muerte de Peralta Jiménez, existían todos los servicios indispensables para dar una atención hospitalaria eficiente, para orgullo de Cartago.

Murió don Maximiliano el 27 de junio de 1922, cuando apenas cumplía 51 años.

El Hospital de Cartago, que había cambiado su nombre por el de Hospital Max Peralta, venía a

hacer homenaje con tal cambio a una de las figuras científicas de mayor relieve en el país.

El 27 de junio de 1922 en el acto del sepelio del Dr. Peralta, dijo a nombre de la Facultad de Medicina de Costa Rica, el Dr. don Elías Rojas, concluyendo su discurso: "...La facultad de Medicina de Costa Rica hace presente, señores, a la Noble y Leal Ciudad de Cartago, cuna del ilustre Dr. don Maximiliano Peralta Jiménez, a la Patria Costarricense y a los apreciables deudos su sentidísima condolencia en esta trágica hora de dolor en que la tierra que él tanto quiso y honró va a recibir sus sagrados despojos que han de ser reliquia de las generaciones futuras, junto con su grandioso ejemplo de inestimable recuerdo".

Y efectivamente el ejemplo del Dr. Peralta no cayó ni en el desierto ni en manos ingratas. Después de la muerte del ilustre ciudadano y médico, el Hospital Max Peralta de Cartago ha ido creciendo a ritmo acelerado, si consideramos la idiosincrasia de los cartaginenses, de corazón cálido, pero un poco indiferentes al progreso acelerado de la ciudad que fundara don Juan Vásquez de Coronado.

Ocho años más tarde de la muerte del Dr., el Hospital contaba con 7 salones de caridad que además tenían en su parte anterior un pequeño cuarto destinado a pensión de segunda, 4 cuartos destinados a pensiones de primera y una maternidad creada gracias a sentimientos caritativos de un grupo de damas de nuestra sociedad, que pensaron en ofrecerle a las mujeres de peores recursos económicos, un lugar seguro en donde pudieran dar a luz a sus hijitos. Y en relación con la maternidad del Hospital hay datos muy significados que revelan matices de la mente de gentes del primer cuarto de este siglo. Para constituirla, el Presidente Provisional de Costa Rica don Chico Aguilar Barquero, que sustituía a Federico Tinoco, obsequiaba por cuenta del gobierno: 40 barriles de cemento y 100 atados de hierro para techo.

La idea de construir una maternidad la propició una junta formada por dignas y distinguidas damas de nuestra sociedad, que pertenecían a un club social llamado "Fémina", las que mediante actividades de tipo comunal lograron recaudar más de doce mil colones. Con ellos iniciaron la obra de la maternidad levantando cimientos y paredes y con los materiales suministrados por el Gobierno de don Chico Aguilar Barquero y con 25.000 colones aportados por la Junta de Caridad de Cartago, se concluyó la obra en corto tiempo.

Hace poco más de medio siglo, en Cartago como en todas las poblaciones de Costa Rica, los niños nacían en sus propios hogares, auxiliadas las madres por señoras llamadas "comadronas", que por lo general eran obstétricas prácticas, una que otra con licencia para ejercer su oficio y las demás, madres de numerosos hijos, que como tales tenían experiencia necesaria, pero carecían de la ciencia indispensable

para evitar terribles males debidos a la mala asistencia durante los partos. A las señoras no les quedaba otro recurso al que pudieran acudir y veían arrriesgada su vida al nacer cada uno de sus hijos. En los casos de partos difíciles era todavía más crítica la situación y a no ser por la Naturaleza con su extraordinario poder las defunciones habrían sido mayores y los trastornos y causa de partos difíciles mucho más frecuentes.

Por esos tiempos las operaciones cesáreas no se practicaban con la frecuencia y el éxito de hoy, de modo que el establecimiento de una maternidad en Cartago representaba un paso de avanzada. Cincuenta años más tarde, casi no se presentaba el caso de nacimiento de niños en los hogares, salvo en lugares muy apartados.

Al morir el Dr. don Maximiliano Peralta asumió la dirección del Hospital el Dr. don Luis Javier Guier Frexes. Tenía origen americano y era hombre corpulento y enérgico que trabajaba diariamente 13 o 14 horas. Poseía grandes méritos y su consultorio, situado al costado sur de la Iglesia Parroquial de Cartago, precisamente a media cuadra, se veía dos veces al día repleto de gente que confiaban en su ciencia.

Siguió el Dr. Guier los mismos procedimientos de organización adoptados por Peralta Jiménez. Ambos médicos procedían de la misma escuela:

Jefferson.

No obstante Guier introdujo novedades en la práctica de la cirugía de por esa época y que comenzaba a aflorar como un medio curativo de grandes y poderosos méritos en el tratamiento de muchas enfermedades. Y entonces las apendectomías se fueron realizando con más frecuencia y con mayor éxito.

Cartago en el primer cuarto de siglo era una ciudad muy pequeña y su población muy escasa, por lo que se explica con facilidad por qué el Hospital Max Peralta, apenas tenía en sus salones generales espacio para 90 camas.

Los servicios generales de medicina y de cirugía los atendían los doctores: Guier Frexes, don Vicente Lachner Sandoval, don Jesús Guzmán Centeno, don Jorge Sáenz Gutiérrez y don José Miguel Jiménez Sancho.

Los médicos atendían el Hospital dos horas cada mañana y luego se iban a sus consultorios o atendían las visitas a domicilio.

Los enfermos llamados entonces de caridad conseguían boletas de ingreso al Hospital, en la consulta de los médicos mencionados.

Las pensiones de primera y segunda clases se llenaban con clientes distinguidos de los señores doctores.

Un detalle importante. El Hospital no tenía médico interno. Cuando un enfermo de salón o de

pensión se ponía muy grave, llamaban por teléfono al médico que lo atendía, para que ordenara lo que creyera prudente. En casos muy calificados solían los médicos pasar las noches en el Hospital atendiendo algún paciente en trance de muerte.

Los progresos de la ciencia médica en la segunda mitad de este siglo han sido sorprendentes. Los servicios asistenciales han progresado extraordinariamente. El diagnóstico de las enfermedades no es hoy sólo el producto de un buen ojo clínico, sino la capacidad de interpretación de análisis clínicos,

radiografías y otros recursos que significan ya una especialización.

El Dr. que en su oficina examina enfermos, pregunta circunstancias e interpreta reacciones orgánicas va desapareciendo poco a poco.

En igual forma la técnica hospitalaria de principios del siglo está siendo substituida por la práctica de la medicina especializada.

Los médicos de medicina general tienen a su cargo el tratamiento de enfermedades reputadas como de menor gravedad y además, la difícil tarea de remitir al enfermo al especialista corresponde, para seguir de acuerdo con su criterio especializado, el tratamiento del enfermo.

Actualmente el Hospital comprensivo de lo que representan las especialidades, ha establecido las consultas de ellas, también en consulta externa, en número de 11 que el pueblo aprovecha a precios más que razonables.

Son ellas Dermatología, Urología, Oncología, Otorrinología, Psiquiatría, Oftalmología, Neurología, Ginecología, Obstetricia, Pediatría y Radiología.

Por otra parte estamos en la época de las fichas clínicas, que en el caso de una medicina especializada como ya se pretende en Costa Rica, es de enorme utilidad y mayor seguridad.

Con base en los progresos de las Ciencias Médicas y Paramédicas, el Hospital Max Peralta se ha renovado en forma prodigiosa. El laboratorio de investigaciones y exámenes clínicos ha alcanzado tal progreso, que allí se pueden hacer los exámenes más complicados, contando con entera veracidad. El laboratorio está bajo la responsabilidad de 4 profesionales con grado universitario, que tienen además sus asistentes.

En igual sentido se atiende el Departamento de Radiología y en forma pronta se pueden obtener los resultados de radiografías, auxiliares indispensables para el diagnóstico y tratamiento de enfermedades.

Por otra parte ha proliferado a un costo muy alto, el establecimiento de la consulta con especialistas traídos de San José, para servir varias veces en un mes, con horario fijo de trabajo, para el tratamiento de una multitud de enfermedades, que necesitarían consulta

muy cara en Sari José. El Hospital Max Peralta ofrece esos servicios a un costo muy cara en Sari José. El Hospital Max Peralta ofrece esos servicios a un costo muy bajo a las gentes necesitadas de servicios hospitalarios.

Durante el Siglo XVII se multiplicaron las hermandades como grupos de protección y ayude ~ instituciones, especialmente las entonces entendidas como de caridad. Procedentes de se siglo, los hospitales San Juan de Dios y Max Peralta, tuvieron sus respectivas hermandades, cuya función primordial era nombrar dentro de los miembros de la hermandad, los integrantes de las Juntas de Caridad, que estuvieron en servicio hasta febrero de 1937, en que por ley de la República, dejaron de existir las Juntas de Caridad y nacieron las Juntas de Protección Social.

El tercer hospital del país que tiene hermandad, es el de Grecia.

La Junta de Protección Social de Cartago, se elige cada dos años por mitades y de acuerdo con los candidatos que presenta la Hermandad.

En el siglo pasado esas hermandades tenían cierto carácter secreto y llegaron a tener trajes especiales, con capuchas, con la finalidad de hacer imposible la identificación de los miembros y sus votos.

La mendicidad es un mal que se adquiere con mucha facilidad. El antiguo concepto de Juntas de Caridad favorecía grandemente la actitud de recibir sin dar tal era la situación que mantuvo por muchos años el Hospital Max Peralta. A nombre de la mal entendida y repugnante caridad, las salas de medicina de la institución estuvieron en ocasiones repletas y en muchos casos hubo pacientes que sobradamente pudieron haber pagados los servicios del hospital en pensión de primera clase.

Y no nos extrañe tan fea actitud; en las escuelas se les enseñaba a los niños a ser mendigos cuando el maestro bonachón dice: "Cuáles niños son de Junta." o más tarde dentro de la vida ciudadana seguían esperando de la escuela, del Gobierno, del patrono, del hospital, que les satisfaciera las necesidades, cuando en realidad disponían de dineros que gastaban en alcohol y otros placeres depravados.

La última Junta de Caridad de Cartago que pasó a ser la primera de Protección Social, concluyó funciones el 4 de febrero de 1937 y firmaron el acta correspondiente los caballeros: Lic, don Nicomedes Jiménez (Presidente), don Benito Aguilar Luna, Dr. Arnoldo Lachner Chacón, don José J. Dittel Coto, Lic, don Ronulfo Quesada Soto, Dr. don Guillermo Iglesias Flores, don Alberto Morúa y Prof. don Jorge Mata Oreamuno (Secretario).

Seguramente el concepto de Junta de Protección Social vino a dignificar la dación de los servicios hospitalarios que no constituyen ya una graciosas

ofenda a la caridad para abrir las “puertas del Cielo”, sino la devolución a los ciudadanos de un derecho adquirido al pagar impuestos. No obstante, es lógico y muy justo que los beneficiarios de un servicios hospitalario eficiente, contribuyan con algo, por cierto en cantidad muy reducida, al mantenimiento de servicios indispensables para el buen funcionamiento de un hospital y para la salud de la comunidad.

Los enfermos que acudieron al Max Peralta, procedían principalmente de Línea Vieja, Limón, Turrialba, San Isidro de El General y de todas partes del país. Llegaban afectados de enfermedades tropicales o de las propias de los climas fríos y para todos hubo mano generosa y ciencia administrada con la misma devoción con que lo hubiera hecho el Dr. don Maximiliano Peralta, en sus mejores tiempos.

El Hospital de Niños, anexo al Hospital Max Peralta fue la primera institución de ese tipo que se intentara en el país. Tantos y tan satisfactorios fueron los resultados, que se pensó en fundar un Hospital Nacional de Niños, con sede en la capital.

El nombre del Dr. don Jorge Ortiz Martín y su persona han sido por años garantía evidente de que esa institución destinada a los pequeños, constituye seguridad absoluta para su salud. Y al nombre del Dr. Ortiz se vinculan profundamente otros médicos cartagineses: Dr. don Fernando Guzmán Mata, Dr. don Fernando Garzona Morales, Dr. don Zenón Sanabria Fernández, Dr. don Luis Javier Montoya Piedra, que con generosidad, empeño y devoción estuvieron muchas veces a la cabecera de sus enfermos del Hospital.

Los enfermos del Max Peralta: indigentes y pensionistas

Una de las conquistas más hermosas del Hospital Max Peralta, ha sido la consolidación del principio de igualdad de atención para todos los enfermos que a él acudan.

El Hospital ha tenido pensionado desde hace más de un siglo y es razonable que así sea; todos aspiramos a que se nos brinde el mejor de los tratamientos y sabemos que para eso sirve el dinero.

El cambio de los conceptos de caridad por protección social ha tenido la virtud de igualar a los que acuden al hospital, con males que requieren de una cama. Al menos la conquista es absoluta en cuanto se refiere a la medicación y tratamiento de los enfermos.

La diferencia que existe entre un enfermo de Protección Social y otro pensionista, se refiere a la calidad del cuarto, a las ropas que usa y a la presentación de las comidas. Se comprenderá bien que es casi imposible darles atención individualizada a los enfermos de salón general. Actualmente el Max Peralta tiene 306 camas en servicio.

Las medicinas para ambos son ^osemejantes, los cuidados médicos, los tratamientos quirúrgicos, con lo que es posible pensar en una democratización de los servicios del Hospital Max Peralta.

Los profundos cambios operados en la técnica hospitalaria y en virtud del alto costo que representa la permanencia de los enfermos en el hospital, ha hecho necesaria la reestructuración de los servicios con la finalidad de que sólo se internen los enfermos que lo requieran indispensablemente. A eso se debe que haya cambiado tanto la antigua fisonomía del Hospital, que ofrece ahora servicios de consulta externa y de emergencia, con la posibilidad de ser tratados por especialistas. Por esos servicios las cuotas solicitadas por el Hospital a las personas que las pudieran cubrir, son más que populares y la atención médica ofrecida resulta muy eficiente.

Los indigentes no pagan nada

En igual sentido los internados en el salón general pagan cuotas bajas, muchas veces estimadas de acuerdo con cada interesado y además se dan casos frecuentes de pagos fáciles mensuales.

Las normas disciplinarias establecidas en el Max Peralta para enfermos internados y para sus parientes visitantes, están ampliamente reguladas, con lo que se evita interferencias nocivas en los tratamientos médicos y abusos de los que visitan.

El Hospital Max Peralta que lleva ese nombre desde el inicio de la tercera década de este siglo y que llevó el de Hospital de Cartago desde las últimas del Siglo XVIII, quizás ha sido una institución altamente significativa en la vida de los cartagineses. Ha velado por su salud durante casi 2 siglos.

En algunas épocas su progreso fue lento y casi penoso por falta de medios económicos; en otras acelerado y de destacada notoriedad. En todos los casos su obra correspondió al espíritu humanitario del Dr. don Max Peralta.

Es un acto de justicia destacar la labor realizada por la Junta de Protección Social actual, que logra grandes progresos materiales en el mejoramiento de la planta física y otros de carácter científico. Esa Junta está integrada como sigue: Lic. don Isaac Ortiz Chacón (Presidente), don Hernán Leiva Quirós, don Jorge López Chacón, don Arturo Alvarado Rees, Dr. don Iván García, Prof. don Jorge Mata Oreamuno, don José Joaquín Dittel Coto, Dr. don Rodrigo Brenes Fumero, don Carlos Sanguillén Paredes y don Fernando López Trejos.

Esa Junta se reúne dos veces por mes. La nombra la Hermandad del Hospital por mitades para períodos de dos años cada uno.

Sería de un valor inestimable para apreciar la

labor del Hospital en sus casi 200 años de servir a la comunidad, haber contado con los documentos necesarios para estudiar la situación, pero razones incomprensibles hacen imposible tal pretensión ya que la mayor parte del archivo fue destruido en 1948.

A partir de 1949 se lleva una documentación organizada que permite formar una idea cabal de todo lo que ha hecho el Hospital Max Peralta en su acción

social. Desde luego que retozan en nuestra mente una serie de preguntas que de poderlas contestar aumentarían el respeto y la admiración hacia una casa benemérita en que el dolor muchas veces se transformó en alegría, en donde los recursos de la Ciencia en otras oportunidades no alcanzaron para salvar seres queridos; en donde el grito potente del recién nacido puso en el ambiente una nota de alegría y de esperanza...